

# Tiburones sardinas V

**ROBERTO BAÑUELAS**

Los guerrilleros, después del combate en que resultan triunfadores, se reúnen en grupo de oficialidad y miran con incredulidad al ojo de la cámara fotográfica que congela un instante de la historia que mañana, en enconada oposición de los civiles que engordan bajo el árbol de la revolución convertida en reacción, serán calificados como bandidos aunque el pueblo los glorifique como héroes. La historia, como siempre, sigue registrando más muerte que vida.

Yo no creo en sortilegios, filtros ni hechicerías; me basta, para quien quiera saberlo, con el libro de oraciones que siempre llevo conmigo.

Cuando los campesinos decidieron levantarse en armas, lo hicieron con palas, azadones, hoces, machetes y una carga de odio contra la injusticia que estaba en todas partes y que seguía creciendo a pesar de las leyes de Dios y de los hombres.

Sobrevivía de sus colaboraciones en periódicos de ala izquierda que no levantaba el vuelo. El pelo y la barba, crecidos como breñales, coronaban su figura de militante iluminado frente a la legión de desertores con empleo. Cada día escribe un poema para la reden-

ción del hombre que sólo cree en los profetas muertos. Puntual, al mediodía, llega a la cantina a compartir la botana con la cerveza y la esperanza firme de que pronto cambiarán las cosas.

-Si aumenta el desempleo se incrementará la baja delincuencia; la alta, la de cuello blanco, mantiene su statu quo y su prestigio... By the way, Cósimo, hoy no me pagaron en la redacción y necesito que me prestes cincuenta pesos, ¿puedes?

-Sí.

Querido Amador: Sigo sin comprender la obsesión de tus delirios, Te quejas, con pretextos masoquistas, de no haber cumplido con el ideal griego de plantar un árbol, de escribir un libro y de tener un hijo. Hay grandes árboles en el prado de la casa que heredaste; has escrito y publicado varios libros, algunos con éxito y, por si fuera poco, tienes un chico muy grande.

Tuyo siempre, Eliodoro.

La calle, pedregosa como el lecho de un río seco que vuelve a la vida cuando llueve, ondula y trepa hasta la casa con alero y dos balcones con barrotes torneados. Ahí vive el poeta, ahí redacta panfletos poéticos y poemas incendiarios. Come por la tarde cuando la esposa, que es maestra en una escuela secundaria, llega y pre-



Abel Vázquez

para algún guiso que comparten alternando el silencio y los comentarios contra la situación política y económica que ha llegado al triunfo de la igualdad en una mayor pobreza. Afuera, frente a la casa vecina que forma esquina, algunos desempleados fuman y maldicen, esperan y desesperan, todo al mismo tiempo mientras se vence la tarde.

Antes de ser perseguido, el poeta tenía la voz vibrante y la mirada fiera. Algo muy malo le pasó en ese año de cárcel porque está muy apagado, Espero que siga firme en su credo político. Es difícil... Después de todo, no se sabe cuándo le va a tocar a alguno de nosotros...

Tú, Juvencio, ¿ya hablaste con él?

El poeta, de regreso a su país, concedió una entrevista a un periodista combativo.

¿Qué opina usted del exilio, maestro?

-Que desgraciadamente nunca se acaba.

-Pero usted ha retornado al país desde hace más de un mes.

-Sí, y aquí continúa mi exilio.

-¿Qué proyectos tiene?

-Recuperar la salud y encontrar algún empleo.

-¿Tiene algún libro por publicar?

-Tengo varios ya terminados, pero no se quién se atreverá a publicarlos.

-¿Por qué o para qué escribir si la gente no lee?

-Es importante cumplir con la vocación, con la voz interior que nos ordena recorrer y consignar por igual con el memorial de la esperanza y de la injusticia. La sociedad es asna y conformista: sueña con ser feliz, pero

no se despierta para luchar por un mundo mejor. Los pueblos que caminan de rodillas no avanzan... Yo, yo escribo porque no puedo evitarlo, porque no quiero ahogarme con ideas que creo que son mías... La vida de todos los seres es muy corta y con frecuencia vacía e inútil... Por ahora, creo que ya es suficiente de delirios redentores. Perdone que no le haya ofrecido nada, pero llévese cuando menos mi libro Apocalipsis cibernético.

El periodista, en otra carrera contra el día, bajó por aquella calle que era como la ausencia de un río.

Ayer hubo otro derrumbe en la mina. A los ocho que rescataron ya están bien y esta noche, con algunos golpes y repuestos del susto, nos acompañarán en el velatorio del tío Tiburcio.

Aquí están este pan y este queso fresco para el hambre nuestra de cada día.

El pueblo, en la mascarada política de la democracia, vota para la elección de tiranos y traidores; la masa depauperada, sin saberlo, contribuye con la tarea histórica de destruir al país.

Aquí estoy, junto a la luz y la sonoridad del canto de tu nombre, para saber que tú eres la vida, amada mía, y yo el entusiasta iluminado que celebra la verdad de tu hermosura.

Recorría las calles del centro de la ciudad acumulada en desmesura entre la repugnante vida multitudinaria donde el yo no sabe dónde esconderse o a dónde escapar. Un café es el refugio para contrarrestar la angustia. El viento, agitando las verdes banderas de sus frondas, anunciaba como fiesta el sonoro arribo de la lluvia.

Extraño sueño, turbador hasta el grado de aspirar al título de delirius causa; así, como un racimo de globos que escapa y se esparce en la última luz de la tarde, tu rostro, desprovisto de cuello y cabellera, flotaba en diferentes formatos y gesticulaciones, pero conservando la luz tornasol de tus ojos, interrogantes y acusadores.

Tu risa, que sonaba como el eco de otro eco, creció y desembocó en un grito áspero que era, lo comprendí al despertar, el estallido de una espesa angustia en mi propia voz.

Los automóviles, más estáticos que los monumentos ecuestres, se integran a la ciudad paralizada para guardar una hora de silencio por la muerte del antihéroe. Los edificios se yerguen como ataúdes de la espera. Unas palomas, indiferentes y ausentes a la desdicha de los hombres, cruzan el espacio de su tiempo.

Aquel hombre piadoso y resignado estaba seguro de no poseer ningún destino de grandeza y, para olvidarse de tan oprobiosa carga, dedicó toda su vida a trabajar y sostener a una tribu de ingratos que le dan su lugar de incansable proveedor.

La ultraderecha, como clase social, padece de extrañamiento cultural y estreñimiento mental. Cree en Dios y lo tiene como aliado para combatir sin remordimientos a los que envidian su riqueza. Si los miembros de ese club opresor no fueran creyentes, perderían la imagen de su propio poder y se negarían a sí mismos.

El insomnio monta para un solo espectador una galería de duendes, figuras expresivas y angustiadas que imploran una voz para denunciar el acoso de los jinetes al claro de luna que galopan en la oscuridad y gritan o aúllan el triunfo de sus raptos sonámbulos. Medusa, que no termina nunca de peinarse su mutante trenzado de serpientes, lee por las tardes la biografía de las nereidas y su agria soltería en la que todo se llenó de ausencia, y eran inútiles los encantos de la metrópoli si la alternativa se reducía a caminar al encuentro de una prolongada soledad.

El derecho cósmico que nos asiste nos permite jugar a imaginar todo cuanto alcanzamos a ver como un punto del infinito entre otros puntos no visibles pero igualmente existentes y distantes de nuestra inmensa pequeñez. ■